

RELATO GANADOR DEL II CONCURSO “ÁFRICA CON Ñ”



MAMÁ VINO PARA QUEDARSE

AUTORA: FELISA NCHAMA ALOGO ABUY

Mamá vino para quedarse.

De niños soñamos con tener superpoderes que nos permitan introducir en nuestra realidad elementos que nos ayuden a ser más felices. Este deseo es sublime en África, donde los niños son el germen de la esperanza. Esperanza que constituye la fuerza que hace que todo fluya. Esperanza que encarna la razón para seguir esforzándose sin límites en un mundo en el que todo es imposible, impracticable o es un deseo tan ferviente que parece estar al alcance de la mano, a punto de materializarse, de transformarlo todo, de permitir que tan siquiera las necesidades más básicas estén cubiertas.

Yo también era la esperanza de Mamá Nkurá, de mi mamá. De hecho era su última esperanza. La más pequeña de los diez hijos que parió y crio sola, a costa de su propio ser. Sin fuentes económicas, sin el respaldo de una sociedad organizada...sin tan siquiera choza propia. Solo con su fe en un mañana mejor, su oxidada azada y sus compañeras de destino.

A los dieciséis años la casaron con mi padre, porque el suyo había enfermado, haciéndose «necesaria» su dote –llamado *excrex* en otras latitudes, pago del marido a un hombre de la familia de la mujer- para costear el tratamiento. Pero unos días después mi abuelo falleció y mi madre quedó totalmente huérfana y casada con un auténtico desconocido varios años mayor –pero joven, en relación a los ancianos que esposaban a muchas niñas de otros pueblos, como fue el caso de Mamá Adonghoda, Mamá Mbom, Mamá Abatúa...-. Sin embargo, no se hallaría tan sola. Aunque su madre también había fallecido, su padre, haciendo uso de la institución de la poliginia, le había provisto años atrás de una «compañera», dos años mayor que ella y cuarenta menor que mi abuelo, a la que doteó para que, con el paso del tiempo, también aprendiese a quererle; en vistas de la relativamente avanzada edad de mi abuela, quien al entrar en la etapa de la menopausia ya no tendría más hijos.

Muchos años más tarde la mayor de mis hermanos también abandonaría su soltería para aprovisionar de choza propia a mi madre. Yo tenía cuatro años cuando nos mudamos a ella. Hasta entonces mi familia había morado en chamizos cuyos dueños ya habían fallecido y sus propiedades tampoco les aventajaban en vida; razón por la cual debíamos trasladarnos constantemente a domicilios deshabitados o aquellos otros, todavía habitados, en los que nos acogieran. Nunca vivimos en la calle. La gente se apiadaba asiduamente de esa joven que criaba, sin un paradero, a un constante ejército de niños.

Todas las mujeres del poblado tenían su choza. Sus maridos se encargaban de que así fuera. Antes de terminar de dotearlas, de adquirir el derecho a llevárselas en propiedad a sus poblados, debían ser capaces de «mantenerlas», lo cual implicaba que debían proveerles una cabaña en la que alojarse y ser lo suficientemente patriarcas para: chapear dos fincas por año, cazar y pescar. Siempre que cumpliesen con estos requisitos, tenían derecho a pagarse cuantas mujeres respecto de las cuales pudiesen garantizar el cumplimiento de los mismos. Ellas,

por su parte, debían cultivar las fincas, criar a los hijos, cuidar del marido y de -suhogar -lavar, ordenar, limpiar, cocinar-, cumplir con sus deberes maritales y someter su voluntad a la de sus consortes. Así lo establece la ley *fang*.

Mi padre siempre presumió de haber querido, y muy mucho, a mi madre. De hecho sólo la tuvo a ella. No se casó con ninguna otra, ni por dote ni por herencia; tal y como sí ocurrió con mi abuelo, quien heredó de su hermano mayor a mi abuela, conforme dispone la ley del levirato. Pero por desgracia no debió de estar entre las virtudes de mi padre el comportarse como una persona enamorada, pues mi madre nunca entendió que, a pesar de quererla tanto, la obligara a mantenerse casada con él, la sometiera a los deberes maritales y no fuera capaz, tan siquiera, de construir una cabaña en la que habitar con sus hijos y en la que cumplir con esas obligaciones que a él tanto le ¡¿gustaban?!

Mis hermanos fueron testigos de todas esas horribles vivencias. De ahí que en cuanto podían, huyeran, impotentes, en busca de un futuro mejor; pues en Adjap Esatop no se avistaban cambios en el horizonte. La primera en «hallar ventura» fue la mayor, mi hermana Gloria, que se enamoró de un hombre pudiente, dueño de una pequeña finca de cacao, de un ultramarinos y de otras cuatro mujeres más, ya costeadas con dote en la capital. La de mi hermana se invirtió en la construcción de una choza propia para mi mamá.

Se trataba de una edificación rectangular, de unos cuarenta y cinco metros cuadrados, compuesta por tres estancias. Dos habitaciones pequeñas, contiguas a lo ancho, en las que guardábamos la ropa. Era donde dormían los huéspedes. Y otra estancia, más grande, compuesta por cinco camas de bambú en las que dormíamos todos los miembros de la familia; excepto mi padre, que desde mi nacimiento dormía en una vieja alcoba aparte por imposición de los sacerdotes, a petición de Mamá, quien había decidido dejar de procrear tras el nacimiento de su décimo hijo. En esta estancia también había un *atúm*, donde guardábamos los utensilios de cocina y los cubos de agua. Sobra decir que en nuestra casita no había agua corriente, ni ninguna otra de las comodidades cotidianas conocidas en los países desarrollados y que yo algún día habría de descubrir. Eso sí, teníamos un fogón de piedras y leña, encima del cual se situaban dos secaderos -uno más grande colgado del techo y otro más pequeño, por debajo, colgado del grande-. Y, finalmente, una especie de mueble de tablas semejante a una mesa baja y muy larga, que recorría el ancho de la edificación, donde se situaba: un enorme bidón de hierro, multiusos; los sacos en los que Mamá depositaba los cacahuetes, la calabaza y la *modica* cosechados; los litros de aceite de palma que fabricaba; las escudillas de *melongo* y los dos morteros -el de yuca, alargado, parecido a un cayuco, con un tamaño superior al de la *bambucha*, semejante al utilizado en los países desarrollados para machacar especias-. En este mueble también se colocaban todos los *nkueñ* -la cesta dorsal tradicional- de la casa, en los que, a excepción del que Mamá llevaba a la finca, se guardaban las bananas maduras, los aguacates y demás frutas, las verduras y hortalizas, los dátiles, la malanga, los ñames y otros tubérculos. En el *nkueñ* más viejo depositábamos la basura. Debajo de esta especie de mueble Mamá guardaba la leña que cortaba en el bosque, los

plátanos verdes, las cañas de azúcar, los palos de yuca -con los que plantaba este vegetal-, los viejos machetes y la azada.

Las paredes de nuestra choza eran de tablas de ceiba. El suelo era de tierra y el techo de nipas. Nuestras anteriores moradas habían sido de barro y nipas o de *calabó* y nipas en el mejor de los casos. Se trataba de una construcción muy sencilla. Pero no he estado en un lugar más acogedor en toda mi vida. Cuando llovía, daba la sensación de que las enormes e incesantes gotas de agua atravesarían el techo. En los días de tormenta parecía que los relámpagos y tronadas quebrarían nuestro pequeño hogar. Cuando soplabla era como si el viento fuese a volar, a modo de cometa, nuestro pequeño refugio de papel. Pero casi nunca sucedía nada, era como tener el peligro encima y sentirse a salvo. Los días de temporal Mamá permanecía en casa en los ratos más intensos. Y cuando Mamá estaba en casa todo iba bien.

En esta choza yo me sentía muy feliz, como una alegre mariposa en un bosque floreado. Era fiel testigo de las innumerables escaseces que constantemente nos sobrevenían, pero estaba convencida de que cuando creciese podría hacer uso de mi superpoder para librar a mi familia de todas ellas. Toda la gente de mi aldea vivía con la certeza de que el futuro sería mejor. Estaban convencidos de que las vidas de sus hijos, lejos de parecerse a las suyas, serían muy distintas. Tanto, que ellos serían quienes les salvarían de la miseria. Y yo, con lo que adoraba a mi Mamá Nkurá, ¿cómo no iba a querer rescatar? Me sentía muy afortunada teniendo la convicción de que mi sueño se cumpliría; era la superhéroe de mi heroína. Este hecho me llenaba de entusiasmo, permitiéndome vivir con ilusión.

Los gallos retiraban el oscuro y pesado manto de la noche para dar paso a una viva y centelleante mañana. Al abrir los ojos me encontraba con mi mamá, que, tras sus infinitas jornadas de trabajo, de seis a seis en el bosque, y de allí hasta terminar con las demás obligaciones propias de una esposa *fang*, amasaba harina con plátano para preparar unos deliciosos buñuelos que vendía a fin de cubrir las necesidades básicas de su familia: comprar jabón, sal y queroseno para los quinqués. Aunque cuando no lo había, ella, con una lata, una cortadura de tela y un poco de aceite de palma, fabricaba un candil. Allí me la encontraba, indómita juntó al fogón, terminando ya de freír sus exquisitos buñuelos, cuyo delicioso olor inundaba mi despertar haciéndolo todavía más mágico de lo que ya era.

Lo cierto es que tuvimos mucha suerte con los padres que nos tocaron. Pues si Mamá era una pantera-elefanta -ágil, fuerte, resistente, sabia, increíble...-, Papá, por su parte, era un cristiano acérrimo, que quería que viviésemos según las indicaciones de las sagradas escrituras, siendo en verdad que ambicionaba que fuésemos personas de bien. Ambos aspiraban a que tuviéramos acceso a la educación de la que ellos fueron privados. Muchos de mis hermanos mayores tuvieron que vivir fuera del seno familiar por este motivo -acogidos por familiares lejanos o por voluntades caritativas-, debido a que mis padres no podían costear la escuela que había cerca de mi pueblo. Pero los tres últimos tuvimos mejor suerte.

Una misionera malagueña, María Dolores Moreno, una monja teresiana carente de hábito evangelizador, fundó una escuela a dos kilómetros de Adjap a la que pudimos asistir por un coste tan simbólico que hasta mis padres se podían permitir. Ella era muy flexible al respecto. Permitía que aquellos que a fecha de matrícula no pudiesen pagar lo hiciesen más adelante, a plazos. Y si finalmente no tenían, se lo condonaba.

Era un colegio reglamentado. Teníamos un uniforme y Dolores se preocupaba de que todos los niños fuésemos limpios a clase. Debíamos cortarnos el cabello para evitar los piojos y las uñas para prevenir infecciones. Las aulas estaban limpias, nos resultaban acogedoras. Había un plan de enseñanza y a los profesores les estaba prohibido pegarnos. Cada vez que viajaba a España, Dolores traía todo el material escolar que le era posible: pinturas, cuadernillos, folletos para ciencias naturales, cuentos e incluso algún que otro juguete -combas, balones de fútbol o de baloncesto, entre otros-, con los que todos jugábamos sin discriminaciones. Ella estaba muy comprometida con todos nosotros. Estableció un comedor gratuito para los más pequeños en cuanto se dio cuenta de que muchos, en ocasiones, acudíamos a la escuela con el estómago completamente vacío. Muchos días nos repartía lo que genéricamente llamábamos ayuda, que podía consistir en pan con quesitos, gigantes latas de sardinas, bolsas de arroz o en kilos de harina, porque no ignoraba la situación de pobreza que había en nuestros hogares. Estaba tan pendiente de todos nosotros que fue de las primeras personas en darse cuenta de que mis ojos estaban dejando de ver.

Ciertamente era de las alumnas que más le llamaban la atención, mi padre era el catequista de la parroquia. Y a mí me gustaban tanto las cosas que Dolores nos decía que me las tomaba al pie de la letra. Ella decía que la educación era el arma con la que defenderíamos lo nuestro en el futuro. Incidía continuamente en la importancia de saber leer, escribir, calcular, comprender. Y al mismo tiempo, ponía todas esas facultades a nuestra disposición. Me encantaba ir a su escuela. Disfrutaba muchísimo de todo lo que en ella se destacaba como positivo y eso se reflejaba en mis notas. Participaba, entusiasta, en todas las actividades que me era posible. No quería perderme ningún detalle de ese pequeño universo en el que sólo había que querer para poder, donde todos podíamos perseguir nuestras metas, en el que ricos y pobres, niños y niñas, éramos todos iguales.

Mamá siempre decía que «Dolores tenía la cabeza llena de colonia», consideración que tardé en comprender y que imaginé como una exótica cualidad de los blancos –un cerebro inundado en perfume; y de allí, aquel cabello tan lacio-.

Yo era una niña atenta e interesada, me creía y emocionaba todo lo vinculado a los estudios, pero no me gustaba llamar la atención o sobresalir. Quizás por eso los profesores, encantados con mi comportamiento, repararon tanto en averiguar lo que estaba pasando cuando, en tercero de primaria, bajé las notas de forma repentina.

Dolores se preocupó mucho. Sobre todo por el contexto en el que esto estaba acaeciendo. Por si no fuese complejo ya de por sí, aquellos días Mamá se había tenido que marchar de viaje. Una mañana había encestado unos racimos de plátano macho en su *nkueñ* y partido destino a Gabón en busca de uno de sus hijos, quien se había marchado de casa cuando yo tenía dos meses y no había vuelto a dar señales de vida. Alguna gente del pueblo que había viajado a este país había tenido noticias de otra gente que le había visto y ese era el único dato que ella tenía cuando salió con su *nkueñ* y tres mil francos CFA en el bolsillo para ir a cerciorarse de que, efectivamente, su hijo estaba en Gabón. Yo me quedé a cargo de una de mis hermanas mayores, a la que Dolores planteó que era conveniente que dejase de acudir a la escuela, porque mis ojos estaban dejando de ver y era peligroso que anduviese, sola, cuatro kilómetros diarios en esas circunstancias.

En casa de mi hermana no se estaba del todo mal. Teníamos un grifo cerca. En esa época, ella había sido elegida y formada para ser asistenta en el centro de salud de la Cruz Roja. Durante el día, la estancia, en cuyo suelo dormíamos, se convertía en una

especie de local en el que se servían copas, refrescos, jabones, arroz...del que yo me ocupaba mientras ella trabajaba y mi sobrino estaba en el colegio. Su novio era uno de los militares del cuartel. Pagaba a mi hermana todos y cada uno de sus servicios nocturnos. Sin embargo, nunca curaría las heridas que le produjeron cada una de las palizas que tenía por costumbre propinarle con su cinturón de metal. Así es como debía comportarse el hombre *fang* respecto de su mujer, agraciándola por sus atenciones nocturnas y corrigiéndola, a golpes si lo consideraba oportuno, con el fin de convertirla en una ejemplar compañera. Por suerte, mi padre tuvo a bien no tener estas deferencias con su mujer.

Mamá tardó tres meses en volver. El día que regresó yo estaba vendiendo pescado frito en un pequeño mercado en el que los coches paraban a repostar frente a un surtidor, donde los pasajeros aprovechaban para comer o beber algo. La avisté a lo lejos y el corazón me dio un vuelco que casi me ahoga. La había echado tanto de menos, me había hecho tanta falta, había tardado tanto....Vestía un colorido *caba* y para no variar venía cargada con un *nkueñ*. El viaje, como era de esperar, había sido verdaderamente épico. Lo increíble era que había dado con su hijo. Él vivía en un pequeño poblado y se dedicaba a la caza furtiva. Al despedirse, le había comprado un nuevo *nkueñ* y se lo había llenado de carne ahumada, le había regalado un colchón, una piel de un félido que él mismo había cazado meses atrás y le había entregado 100 000 francos CFA en efectivo, aparte del importe del viaje de regreso. Mamá volvía muy contenta. Esos meses le habían sentado realmente bien. Se la veía descansada. Había ganado algunos kilos que le permitían lucir su esbelta figura tras recuperar su tamaño. Su piel, tersa y brillante como una hoja de bambú, irradiaba suave y luminosa como una madera barnizada. Sus ojos estaban más vivos que nunca. Su infinita hermosura se mostraba en todo su esplendor. Estaba feliz. Había visto a su hijo. Él estaba bien. Y por si fuera poco, le había prometido que en unos meses, tras resolver unos asuntos, regresaría a casa. Estaba radiante.

Todos estábamos emocionados con el regreso de Mamá. Ahora nos tocaba volver a la realidad. Mi hermana le informó de lo que estaba pasando con mis ojos, pero ella creyó que se trataba de algo pasajero, seguro que había contraído una conjuntivitis y, al faltar ella, nadie me la había sabido curar bien.

Unos días más tarde le llegó la noticia de que debía viajar con urgencia a la capital del país, donde vivía su hija mayor, porque el marido de ésta tenía serios problemas con otro de mis hermanos, que también se había trasladado allí. Al regreso de Mamá, yo ya había perdido más del 50% de visión.

Se encontró con la noticia en el puerto, pues era todo un escándalo. La gente de mi aldea no se podía explicar que una niña de ocho años estuviese perdiendo la vista al igual que los ancianos. Todo el mundo estaba desorientado, no lo podían entender. Sin duda se trataba de una obra de Satanás o de esas «tonterías» que los brujos van perpetrando por las noches, lastimando familias ajenas por medio de sus búhos, mosquitos y moscas hematófagas-.

Mi pobre mamá no sabía muy bien por dónde empezar. Se dirigió a los curas y misioneros de la parroquia. Se puso en contacto con todos los curanderos del contorno y

al mismo tiempo debía tratar el tema con la mayor discreción posible para no alertarme. Al principio procuraba que pasase el menor tiempo posible lejos de ella.

Un día me llevó a la finca para que no permaneciese sola en casa cuando los niños se marchaban al colegio. Ese día vi llorar a mi mamá. Estaba desbordada. Después de rezar y de rociarlo todo con agua bendita no pudo contenerse más y las lágrimas inundaron sus mejillas, al tiempo que ahogaban mi ser. No terminaba de entender el porqué de tanta tristeza. Le pregunté que por qué lloraba. Pero no pudo, no quiso o no me lo supo explicar. Me miró y dándose cuenta de que estaba allí, se lo tragó todo automáticamente. Como si volviera en sí, sorbió por la nariz y se dispuso a trabajar.

A partir de ese día, me volqué en mis dos sobrinitos, Adá y Edú, siete y cuatro años menores que yo respectivamente. Los únicos que compartían conmigo la certeza de que todo se resolvería, las únicas personas con las que me entendía, las únicas que me comprendían. Los únicos que no tenían miedo, los únicos que no me temían. Hasta mis hermanos, todos mayores que yo, transigían con las murmuraciones, circulantes por nuestra aldea, sobre la hechicería que estaba extinguiendo la visión de mis ojos. Me culpaban de secundar las artes oscuras y sumir a la familia en ese desasosiego. Como sucedía con todos los niños a cuyas dolencias se atribuían este tipo de explicaciones, lo cual ocurría muy a menudo, la gente se mantenía distante conmigo.

El día que vi llorar a Mamá sentí un miedo atroz. Nunca había sentido algo así. Ni siquiera cuando las gallinas, que dormían debajo de la cama en la que mi hermana Ana y yo descansábamos, nos alertaron, cacareando desesperadas una madrugada, de que una enorme bitis había entrado hambrienta en nuestra casa. Esa noche Mamá se había levantado al oírlas, había subido la llama al quinqué y se había asomado con ella hacia donde dormían. Y allí la vislumbró. Con su enorme

cabeza triangular, su confuso y abultado cuerpo y los cuernos que asoman por su hocico, se dirigía, estirada en el suelo, debajo de nuestra cama de bambú, hacia el rincón en el que todas las gallinas se habían agrupado para dormir con sus polluelos. Mamá no vaciló. Tomó un machete y sin dudarlo se lo incrustó en la cabeza para posteriormente arrastrarla hasta el centro de la estancia y rematarla más cómodamente. La escena era verdaderamente espeluznante. Pero ni en ella tuve tanto miedo como cuando vi que el dolor atravesaba el rostro de mi invencible mamá. Ella siempre había conseguido controlar la situación. Y yo pensaba que sería así invariablemente. Nunca se había dejado avasallar y ese día la vi tan frágil, tan angustiada. Se sentía perdida. Y la gente a su alrededor no hacía más que asustarla con sus historias de superstición. No sabía qué hacer para mantener mis ojos encendidos. Ni tan siquiera conocía alguien que le pudiese explicar por qué se estaban apagando. Pero sí sabía lo que implicaría ser una mujer ciega en una sociedad como en la que vivíamos.

Tanto los curas como los misioneros habían prometido ayudarle en todo lo que pudiesen. Nos llevaban a la ciudad para visitar hospitales y clínicas de las que tenían conocimiento. Pero los médicos no tenían las herramientas que se necesitaban para explorar mis ojos hasta dar con un diagnóstico que pudiese determinar la patología que estaba atacando mi visión. No podían dar a mi madre la explicación que tanto anhelaba oír: «su hija tiene [tal] enfermedad, por eso le vamos a aplicar [tal] tratamiento, ya verá que en unos días se pondrá bien». Esta tesitura la empujaba a plantearse otras alternativas. Las cuales tanto los curas como los misioneros le habían advertido no contemplar, porque eran conocedores de todas esas intrigas tan típicas de la tradición *fang*, que atribuye a la hechicería todo lo desconocido.

Un día llegó a mi pueblo una curandera que decía tener conocimientos para sanar mediante conjuros, confesiones y pócimas todo tipo de dolencias, además de poseer la capacidad de adivinar las causas que las provocaban. Todo el mundo aconsejó a mi madre que me llevara junto a ella y acabó por ceder. En cuanto me vio supo de inmediato lo que ocurría conmigo. Según ella, alguien muy cercano a mí había convenido un acuerdo con un acaudalado hechicero que necesitaba los ojos de una niña. Por ellos estaba dispuesto a traspasar toda su riqueza a quien se los obtuviera sin oposición de su dueña. De modo que esta persona me había consultado al respecto y, como me convenía, había aceptado concedérselos, así tanto yo como mi familia disfrutaríamos de la recompensa.

Pero el trato no había concluido del todo. Yo todavía veía un poco. Y si le decía el nombre de la persona que se había aprovechado de mi inocencia engañándome de esa forma, la curandera, a través de un ritual y de uno de sus potingues, me libraría del hechizo. La misión de mi madre consistía en convencerme para que desvelase ese nombre si quería recuperar la vista. Pero ella apenas comprendía aquella historia, y mucho menos era capaz de explicármela para, después, proceder con el cometido que le había encargado la curandera. De modo que fue esta última quien se encargó de realizarlo. En vano, porque me daba tanto miedo aquella señora que estaba convencida de que sólo alguien como ella sería capaz de actuar así. Pero con el paso de los días acabó por convencer a mi madre, quien

una tarde me llevó al bosque de café y palmeras que había detrás de nuestra casa. Allí me explicó el trance por el que estaba pasando y me pidió que, por favor, si sabía algo de lo que hablaba aquella mujer, colaborase para que todo volviese a ser como antes.

Fue la tristeza en la voz de mi madre, sumada a la presión de todo el pueblo y la fantasmagórica presencia de la susodicha, lo que me llevó a claudicar. Todo resultaba confuso y surrealista. En ocasiones llegué a dudar de si era yo la que estaba equivocada. Seguramente no me acordaba y, en efecto, había adjudicado mis ojos a algún amigo de la familia para que nos hiciese ricos. Tal vez estaba cansada cuando lo pacté. Quizás, posteriormente, me dormí, y por eso no lo recordaba. En cualquier caso, estaba decidida a colaborar en el desencanto del hechizo que afligía a mi familia. Hablaría con la curandera. Le pediría que me ayudase a averiguar el nombre de la persona que me había engañado. Así lo hice y ella, encantada, me lo reveló. Ahora sólo debía armarme de valor y contar toda la historia en el ritual que celebraría para que yo volviese a ver.

Un atardecer, en un rincón de otro bosque trasero protagonizado por cuatro naranjos, fui sumergida en una bañera de troncos y hojas de platanal, rebosante de un agua pardo-verdosa que contenía infinitas partículas de follaje y raíces machacadas. Rodeada por mis padres, los ancianos del poblado, la curandera y sus ayudantes, tuve que confesar, con un dolor que destrozaba mi alma, que mi papá había vendido mis ojos a un acaudalado hechicero para salir de la pobreza. A continuación, los ayudantes de la curandera desataron una cabra que tenían amarrada, la atravesaron en el aire sobre mi cuerpo, haciendo coincidir su cuello con mi pecho, y en esta posición la degollaron, derramándose toda su sangre sobre mí. Luego la arrojaron agonizante al suelo, lanzándola lejos, a modo de despojo, como quien se deshace de algo repulsivo. Entonces, la curandera se dirigió a mí, y me dijo que esperaba que hubiese dicho la verdad, de lo contrario habría hecho sacrificar en vano a aquel pobre animal y cargaría toda mi vida con la culpa. En ese caso se desataría, de manera incontrolable, la furia del hechicero, por haber desvelado su secreto. Y él se vengaría de mi padre, pero éste ajustaría cuentas conmigo, pudiéndose dar como resultado un trágico desenlace.

Ayudada por sus asistentes, la curandera me sacó de la bañera. Me sentó mirando al crepúsculo y untó mi cuerpo con un aceite que tenía un olor pestilente y penetrante. Después, me hizo comer los pulmones de la cabra, medio crudos, en una pócima que había preparado. Posteriormente, procedió a grabar pequeñas heridas con una cuchilla en mi frente, mi mejilla, mi espalda y mi escote, ungiéndolas luego con otro ungüento negro y pegajoso que escocía como el fuego. Finalmente, hizo entrega a mi madre de unas cortezas de árbol, tras haber separado unas pocas con las que coció un agua marrón en la que yo debía sumergir la cara y abrir los ojos para que «se limpiasen». Si procedía así dos veces al día, al despertarme y al acostarme, en unas semanas recobraría la vista.

Me guarecí enroscada en la cama como un pangolín. Aquel ritual me había hecho sentir tan triste que era imposible que mi madre tuviese fe en que pudiese extraer algo positivo de él. Ella accedió a llevarlo a cabo para hacer uso de todas las

alternativas que tenía a su alcance. Aún rehúyo evocar la escena posterior en la que fui obligada a comer una de las patas cocinadas de aquella cabra, reservada supersticiosamente para mí, ante la hambrienta mirada de mi sobrina.

Días más tarde, se avistó una luz al final del túnel. Tuvimos noticia de que unos médicos españoles vendrían a operar de los ojos a todo aquel que consiguiese dar con ellos. La contrariedad era que solo estarían tres días en la segunda capital del país. Mi madre lo preparó todo para que estuviésemos allí y formásemos parte del grupo de afortunados que fuesen atendidos.

Nos alojamos en casa de una conocida y todas las mañanas íbamos, a primerísima hora, a asegurar nuestra posición en la eterna procesión de miles de impacientes pacientes que aguardaban la escucha de su nombre en la voz de la auxiliar que refería la lista. El día que mencionó mi nombre sentimos la alegría que en mi pueblo experimentaría la presunta mujer estéril que diese a luz a trillizos. Pero no todo fue idílico. La anestesia general se había agotado. Y tras detectarme un glaucoma avanzadísimo que había que tratar de inmediato, le plantearon a mi madre la posibilidad de operarme con anestesia local. A ella no le agradó la idea. Tenía miedo de que me pudiesen hacer daño y decidió rechazar la oferta. Por suerte, de noche volvió a haber anestesia.

Yo estaba muy asustada. Y para tranquilizarme, los médicos me prometieron un paquete de caramelos cuando despertase de la operación. Acepté complacida de inmediato y rememoré a mi sobrino Edú. Cuando todavía asistía a la escuela, algunos días permanecía al finalizar la clase para barrer y ayudar a recoger el aula a la profesora, antes de que Dolores contratara a la dulce Mamá Inés, la limpiadora. A cambio, nos gratificaban con caramelos, y yo, en mi afán de compartir el mío con Edú, que todavía no podía ir a al colegio, vivía una odisea de dos kilómetros de abnegación para conseguir que aquel caramelo llegase entero a casa. Me esforzaba muchísimo y casi siempre lo lograba. Entonces, celebrábamos una original fiesta Edú y yo. Él se esperaba que llegaríamos a casa cansados, hambrientos y sedientos, malhumorados y sin ganas de jugar, tras una intensa jornada de clase antecedida y precedida de caminatas de un total de cuatro kilómetros, dos de los cuales realizábamos bañados por el penetrante sol de África. En cambio, se llevaba la mejor de las sorpresas cuando llegaba impaciente por verle y, fascinada, le mostraba un caramelo para los dos, deleitándonos con mágica e infinita felicidad infantil. Para mí no había nada mejor que disfrutar junto a él de mi delicioso y más que ganado medio caramelo. Pero esta vez sería aún mejor. Llegaría viendo. Y él ya no tendría que romper más banquetas que me lastimaran al interponerse en mi camino, tal y como hizo un día en el que uno de esos tropiezos me hizo llorar. La rompió con tanta rabia que de inmediato consiguió hacerme reír. Esta vez llevaría no uno, sino un paquete entero de caramelos. Se me inundaba el corazón, haciéndome sentir que estallaría de alegría de un momento a otro al imaginar cómo reaccionaría Edú ante tal extravagancia de dulces.

Después de la operación, Mamá me trasladó, a caballito, hasta la sala de recuperación. Yo estaba muy cansada y tenía hambre. Ella había comprado dos alitas fritas en el mercado y me ofreció una. Pero no pude acabar ni el primer

bocado. Me entraron unas náuseas horribles y, a continuación, me dormí. Al día siguiente, a la llegada de los médicos, lo primero que hice fue recordarles su promesa y efectivamente, allí estaba mi paquete de golosinas. No lo podía creer. Inmediatamente quise comprobar que fueran de verdad. Pero apenas pude saborear la primera lengüetada, cuando, nuevamente, volví a sentir náuseas. No pudimos tratar el tema con nadie. A los médicos se les había agotado el tiempo y nosotros debíamos regresar a nuestras casas, donde las náuseas se intensificaron. El acostumbrado dolor de ojos, propio del glaucoma, se hizo constante. Y a todo ello se le sumó un persistente mareo, que no me dejaba ponerme en pie.

Un día, una señora le habló a mi madre de un chino que trabajaba en el hospital general. Mi madre lo buscó y me llevó junto a él. No pudimos entender su diagnóstico porque desconocíamos su lengua. Pero sus gestos indicaban, claramente, que algo no iba bien. Nos recetó unos colirios y el uso de los mismos cortó todos aquellos síntomas al cabo de unos días.

Al regresar al pueblo, Dolores solicitó una reunión con mis padres. Había estado moviendo hilos y conseguido la posibilidad de que mi caso fuese admitido en un proyecto de una organización no gubernamental de ayuda a la infancia de España; que llevaba a niños enfermos a Madrid para tratarlos y, una vez sanados o estabilizados, regresarlos. Con esta noticia, mi madre sintió en su piel la justicia divina. Y lo mismo me sucedió a mí cuando tras tener ya encaminado el plan, me lo comunicó. Tendríamos que hacer muchísimas gestiones. Mamá se dejaría el alma para conseguir los papeles, a base de rogar a quien hiciera falta. Sin recursos, en una sociedad totalmente desestructurada, sola, cogida de la mano de su hija, ya casi ciega, con su infinita fuerza de voluntad y el firme propósito de cambiar la vida de esta.

Parte de la documentación pudimos tramitarla en la ciudad más próxima a nuestro poblado. Sin un lugar en el que hospedarnos, pernoctábamos en los mugrientos bancos de un hediondo tugurio de *malamba* –lugar en el que se despacha este aguardiente de caña de azúcar y raíz de cola- en el mercado más marginal y ransitado de la ciudad; si bien no nos producía mayor desagrado que otros lugares donde, a falta de otras opciones, nos habíamos visto obligadas a pasar la noche.

Pero hubo que completar el expediente en la capital, una isla a la que tuvimos que viajar para encontrarnos con el personal de la organización que gestionaba el proyecto en mi país. El viaje supuso un reto más. Teníamos que volar en una destartada avioneta y no disponíamos de medios suficientes para costear el billete. En el aeropuerto nos encontramos con un antiguo pretendiente de una de mis hermanas –quien de fabricar sillas de *melongo* en mi pueblo había pasado a ser peón de una empresa dirigida por blancos-. Él, a través de su jefe, consiguió que subiésemos a la avioneta con lo poco que Mamá le pudo ofrecer, si bien fuimos sentados en el suelo de la misma; aunque a mí me sentó entre sus piernas y durante los cuarenta y cinco minutos que duró el vuelo se dedicó a satisfacer sus instintos más primitivos con las partes de mi pequeño cuerpo a las que podía acceder en esas circunstancias, cuidándose de que nadie más se diera cuenta. Yo estaba deseando llegar. Tanto las vibraciones del vetusto cacharro -cuyas piezas,

daba la sensación, se fragmentarían en cualquier momento- como las obscenas pretensiones que aquel hombre tenía sobre mi persona, me producían verdadero terror. Días después nos lo encontraríamos por la calle en una de nuestras rutas en busca de almas caritativas. Él, como es costumbre entre los *fang*, me regaló dinero. Y por primera vez sentí que un hombre me había «usado». Así es como aludía mi madre al acto que se daba en la intimidad entre un hombre y una mujer. En mi país todos los hombres deben «gratificar» con dinero a las mujeres después del mismo.

De aquel avión -por cierto, militar- acababa de desembarcar mi hermano mayor, quien años atrás se había alistado en la milicia del país. Venía de la isla. Y dio a mi madre una confusa noticia sobre la mayor de sus hijas, que confirmaríamos al llegar. Su marido era dueño de otras cuatro mujeres y todas ellas vivían en el mismo hogar, cada una con su habitación, cama y mosquitera propias. La noche anterior a nuestra llegada, las cinco se disponían a alumbrar sus quinqués, para lo cual hacían uso de una única botella de queroseno de cinco litros. Este proceso de encendido debían realizarlo según el orden en que habían sido doteadas. De modo que a mi hermana le tocaba el último turno. Al llegar a la cocina, destaponó su lámpara, así como el bote de queroseno. Se dispuso a echar la parafina en el depósito. Pero al prender la mecha sucedió un misterioso acontecimiento. El queroseno que había sido utilizado anteriormente por cuatro mujeres más para el mismo fin, había dejado de serlo para transformarse en gasolina. De modo que al entrar en contacto con el fuego, la lámpara explotó, dándose como resultado un espantoso incendio que quemó más del 70% de la superficie del cuerpo de mi hermana; que incrementó el peso de las piedras que contiene el *nkueñ* de la vida que una mujer africana ha de cargar, por defecto, a sus espaldas. Ella consiguió salvar su vida, si bien su marido no la querría nunca más como esposa, dado el estado en que había quedado su piel.

El 3 de diciembre de 1999 me tuve que separar de mi mamá para subirme a un inmenso artilugio que me alejaría miles de kilómetros de ella y de todo lo que había conocido hasta entonces. Llevándome con personas a las que ni ella ni yo habíamos visto nunca. ¿Y si ocurría cualquier cosa? ¿Quién me ayudaría? ¿Y si se trataba de un malvado plan para robarme como se había hecho con tantos otros niños? Estaba perdida. Ni siquiera podría salir corriendo en mi estado. El viaje fue una pesadilla en la que no podía dejar de llorar porque quería despertar de una vez por todas. Todo había ido demasiado lejos. Ya quería que fuese de día para volver a la escuela de Dolores, que era donde tenía, y sobre todo, deseaba estar.

Pero el avión seguía su curso, destino a Madrid. Y aunque todo olía muy bien, el sitio resultaba muy confortable, la gente era muy amable y cariñosa, me seguía resultando todo un horror. Me regalaron un par de calcetines, me dieron una manta por si tenía frío, unos auriculares para escuchar música o ver una película e incluso un muñeco para que jugara con él. Me hacían sentir como una niña rica. Pero yo sabía que era bien pobre, y todo aquello semejaba distracción que evitaba que me diera cuenta de lo que en verdad querían hacer conmigo. Todo era exagerado. Las azafatas me hablaban con mucha dulzura. Me cogían las manos, me limpiaban las lágrimas, no paraban de acariciarme el rostro y hasta me

abrazaban, como si me quisieran mucho. Pero ellos no podían quererme, no me conocían de nada. Seguro que su objetivo era distraerme.

Uno de los detalles que más me impresionó fue cuando me sirvieron la comida. ¡Tres platos de comida enteros para mí sola! ¡Incluido un pastel! Y para beber, ¡lo que me apeteciera! Una bebida carbonatada de naranja o cola, un zumo... Inmediatamente me acordé de Edú. Si le hubiese contado todo esto no me habría creído. Este tipo de excesos solo se daban en los hogares de los *quedjas*, los soberanos en los cuentos tradicionales que Mamá nos contaba en las noches de luna llena.

Lo único que me incomodaba era la temperatura del ambiente. Hacía mucho frío en aquel avión y antes de aterrizar nos advirtieron de que fuera habría menos grados todavía. Pero al llegar, relegué aquella sensación. En los espacios cerrados se estaba calentito y para salir a la calle nos ponían ropa especial. Recuerdo que le pregunté a mi educadora que cómo no hacían en la calle lo mismo que en las casas, para que se estuviese tan calentito fuera como se estaba dentro. Pero el álgido clima acabó por convertirse en algo insignificante. Hasta me resultó divertido cuando un día nos llevaron de excursión a una montaña de un suave y polvoriento hielo al que llamaban nieve. Estaba viviendo una auténtica vida -de blanco-. Todo era agradable, cómodo, reconfortante.

Del aeropuerto me había venido a buscar, en un coche, recién fabricado a mi parecer, una chica blanca muy alta y dulce, que me recordaba a las chicas de los botes de crema corporal que había visto en los basureros de mi aldea. El coche nos condujo a una vivienda inconcebible, váter dentro de casa, grifos por todas partes, ventanas de cristal, alfombras, sofás, decenas de bombillas que se encendían incluso de día, electrodomésticos. Todo lo que nunca hubiera podido imaginar que debía tener una casa, pero cuya utilidad comprendí en seguida. No me resultó nada difícil adaptarme a mi nueva vida. Uno se acostumbra muy rápido a lo bueno. Y yo, de la noche a la mañana, había pasado a vivir como la hija del *quedja*; en un mundo de cuento, en el que, además, todos me daban caricias y besos, como si me quisieran muchísimo.

En seguida supimos que una probable herencia paterna del gen CYP1B1 me habría causado un glaucoma que me había despojado de un 97% de visión. Unos meses más tarde me operaron para detener el avance de la enfermedad y mantenerla bajo control. Pero el médico indicó en su informe que había adquirido una «ceguera irreversible».

En España todo tenía solución y pronto me internaron en un colegio de una organización para niños con discapacidad visual, el apropiado para adquirir las armas que me permitirían seguir con mi vida en este nuevo escenario. La primera vez que vi leer en braille a una persona, sentí que me estaba tomando el pelo. Era un profesor ciego que, con la intención de alentarme, me leyó un cuento en braille. Recuerdo que era sobre una oveja, que estaba ilustrada en relieve en la portada. Tenía una textura muy suave y la misma fue lo único que tomé por cierto en toda aquella demostración. Mi madre me había advertido del carácter teatrero de los blancos ante las desgracias de la vida con el fin de reconfortar. Pero unos meses

más tarde ya reconocía todas las letras del abecedario. Ya había aprendido a leer y a escribir todos los números y muy pronto empezaría a leer libros en braille. A mí me parecía una solución bastante justa. Después de todo, seguía teniendo la oportunidad de conquistar el arma con la que defendería lo mío en el futuro y eso era lo que definitivamente me importaba. Lo complicado iba a ser explicárselo a Mamá. Si yo, presenciándolo, había vacilado en que era posible leer con los dedos, cuánto más mi pobre mamá, tan ajena a todo esto, tan ajena a mi nueva realidad. Decidí que hasta que supiera cómo hacerlo, sólo me centraría en transmitirle el qué, y le quitaría importancia al cómo.

Ella siempre esperaba que le anunciara que ya había recuperado la vista. Pero ese era un tema que a mí nunca me había llamado demasiado la atención. Nunca me tuvo demasiada importancia, porque la vida seguía girando, mi vida seguía en marcha y ahora se me complicaba un poco más; de modo que, más que nunca, debía centrar todos mis esfuerzos en aquello que realmente me interesara. Lo único que podía, tenía y quería compartir con ella, era que había retomado la escuela, que me iba muy bien. Que sacaba muy buenas notas. Le expliqué que aquí todos eran muy cariñosos, que me trataban amablemente, que era muy feliz. Que deseaba compartir mi nueva vida con ella y con todos. Que estaba segura de que algún día nuestra vida sería como esta.

Los niños que formaban parte del proyecto con el que vine sólo podían estar un tiempo con la ONG, hasta que se encontraba una solución a su situación. Después debían regresar a su país. De modo que, una vez aprendí braille y cursé cuarto, quinto y sexto de primaria con este sistema, se llegó a la conclusión de que ya era momento de que regresara. La idea era que pudiese seguir formándome en braille allí. Regresé. Pude ver a mi mamá, lo cual fue un gran paso. A ella le encantó verme tan bien. Tanto, que todo lo demás pasó a un segundo plano. No fue capaz de entender ninguna de las cosas que yo le conté. Pero las aceptó, en vista de mi buen estado. Todo parecía haber vuelto a su cauce, pero el objetivo de la ONG no prosperó. Resultó imposible que estudiase en braille en mi país.

Ante esta coyuntura, se hizo una excepción conmigo que constituyó mi salvación. Incorporaron mi caso dentro del régimen general de los niños al cuidado de la organización, aunque no cumplía con ese perfil. Permanecí al amparo de la misma hasta el penúltimo curso del bachillerato, momento en el cual pasé a una familia de acogida, con la que conviví durante cinco años, hasta que me gradué en Derecho, hasta que por fin conquisté mi arma de lucha. A partir de este momento me independicé y meses más tarde nos fuimos a vivir juntos mi pareja y yo.

Durante todos aquellos años, había vuelto a visitar a mi familia algún que otro verano. Y reparaba en que mi mamá había dejado de crecer. Siempre enferma, sumida en la más absoluta miseria, constantemente manifestaba las innumerables dolencias que querían adueñarse de su cuerpo. En las tres últimas visitas, la encontré ingresada en una curandería, a falta de medios para hacerlo en un hospital. Siempre le había enviado lo poco que iba pudiendo, desde las once pesetas que ahorré en mis tres primeros años en España. Pero sin un trabajo, ese

poco y nada casi eran lo mismo. Ansiaba estabilizarme para, por fin, salvarla. Pero el destino ya había sido demasiado benévolo conmigo; era hora de espabilar.

Gracias al más implicado de los trabajadores sociales que me atendieron, conseguí que me concedieran una pensión no contributiva de trescientos sesenta y seis euros mensuales. Con eso y algunas otras ayudas sociales que fuesen surgiendo, iría tirando hasta que llegaran tiempos mejores.

Me preocupaba mucho el estado de Mamá, que cada vez iba a peor. Tenía miedo a que no me diera tiempo. Busqué trabajo con desesperación. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera. Pero ni mis circunstancias mejoraban, ni las de Mamá tampoco. La vida me colocaba entre la espada y la pared. Debía tomar una decisión. A pesar de todo, mi posición era la mejor de toda la familia. Siempre había sido así, porque, después de todo, vivía en Europa. Mamá, indudablemente, iba a estar más atendida aquí que allí; donde no podía permitirse, tan siquiera, ir al médico, porque no tenía medios suficientes para ello. Mi casa al menos tenía luz eléctrica, agua corriente y potable; aquí no iba a pasar hambre. Y si se ponía muy enfermita haría uso del seguro médico privado de viaje que había contratado para ella.

Hacía diecisiete años que había dejado mi país. El día que la fuimos a buscar al aeropuerto me supo agrisulce. Me parecía increíble haber conseguido traerla hasta aquí y sin embargo sentía que no era el momento. Tenía mucho miedo a que su verdad me sobrepasase y me aterraba malograr la ocasión. Con mi discapacidad, sin familia aquí y con una condición económica totalmente precaria, no me sentía preparada en absoluto. Pero no tenía alternativa, debía intentarlo. Confiaba en que aquí al menos estaría atendida por los médicos, tendría sus necesidades básicas cubiertas y viviría más cómodamente. De algún modo, se pondría bien.

Pero pronto descubrí que hasta la tenía que duchar. La primera vez que lo hice, también viví una contradicción. Estaba encantada de poder hacerlo en un baño del Primer Mundo. Pero también me maravillaba la idea de tener la oportunidad de duchar a mi mamá cuando ella ya no lo podía hacer; porque la adoraba, y sobre todo, porque siempre se había dejado su piel tostada y brillante por todos nosotros, por todos sus hijos, esa piel fina que olía a tierra mojada, siempre tapada por las ropas del trabajo. Pero el estado en el que se encontraba su cuerpo me aterró. Aunque delgada y anémica, su barriga estaba hinchada y dura, al igual que la de una mujer embarazada. Casi todas las articulaciones de su cuerpo estaban rígidas. Sus manos estaban tiasas del dolor. Pude apreciar cada uno de los huesos de su esqueleto. Y su piel era la de una persona que llevaba años enferma.

Pronto conocimos su diagnóstico. Tenía una artritis reumatoide muy avanzada, una anemia crónica, una diabetes derivada del tratamiento al que la sometieron en mi país

para tratar la artritis, el bazo gigante -sin ningún motivo aparente- y un trombo en la pierna izquierda. Mi héroe tenía muchas afecciones, pero ninguna comprometía su vida de manera irreversible. Si tomaba los tratamientos al pie de la letra y seguía, a rajatabla, las indicaciones de los médicos, pronto empezaría a mejorar.

Al cabo de unas semanas ya se duchaba ella sola. La anemia había mejorado muchísimo y su piel se había transformado. Se estaba convirtiendo de nuevo en la hermosa mujer que la vida me había regalado en forma de maravillosa mamá.

Sin duda, con su viaje se cerraba un círculo. Por fin conocería el mundo de cuento en el que había crecido su hija. En él todo le impactaría. Pronto descubrió que no era un pasatiempo de los blancos el sistema a través del cual estudiaba; tal y como lo habían interpretado en mi pueblo, donde creían que, al no recuperar la vista, había sido acogida por una institución caritativa que me endulzaría la vida con juegos y regalos para que mi realidad me resultara menos dura. Así como tampoco era un indulgente camelo el hecho de que hubiese conseguido convertirme en una mujer completamente autónoma; que además, se había graduado en Derecho. No era una persona «con defecto», que necesitaba de la caridad de unas monjitas para valerme. Tenía mi piso, típicamente del Primer Mundo. Lo pagaba con mi dinero. Limpiaba, cocinaba, iba a hacer la compra, tenía mi pareja y amigos; en definitiva, era dueña de mi vida. Más adelante incluso le proporcionaría todas las atenciones que exigiese su cuidado. Y al mismo tiempo estudiaba oposiciones para seguir mejorando mi situación. A los ojos de mi mamá, todo esto resultaba inverosímil, inconcebible. Jamás se había podido imaginar mi vida así. Ni en el mejor de sus sueños. Ella, en su deslumbramiento, se limitaba a decirle a mi pareja en indescriptible asombro «¡ella lo hace todo!». Pero también comprendía que todo ello había tenido una incesante batalla detrás. Y cada vez que compartía alguna de mis vivencias con ella, como muestra de que era capaz de reparar en la magnitud de mi lucha, exclamaba: «Tan niña...y ya con tantos cuentos».

Pero llegó el invierno. Y Mamá, que ya se había rendido en vistas de que la mejoría no avanzaba al ritmo que ella ansiaba, decidió desconectar por completo. Hasta dejó de tomar su tratamiento por sí sola. Se olvidó de todo. De ella, de mí, de todo. Todo empezó a ir cuesta abajo y con el viento a su favor. Ingresaba constantemente en la UCI.

Una mañana la fui a despertar y, como había sucedido otras veces, tuve que llamar a una ambulancia. En vistas de cómo había dejado la habitación, y dado que no sería útil en el hospital, entre los auxiliares y yo acordamos que me quedaría limpiándola. Y en cuanto supieran algo, me avisarían. Cuando fui a verla, la médica me dijo lo peor, pero yo no le creí en absoluto. Dijo que mi mamá no pasaría la noche. Pero yo sabía que se equivocaba. Ningún otro médico me había dicho nada parecido. Tenía una de sus recaídas y siempre salía de ellas. A las cuatro de la madrugada me llamaron. Cuando llegué junto a mi mamá, se acababa de marchar.

En aquel momento caí en la importancia de ver, pero intenté retratarla con los recursos que tenía. Con mis dedos descubrí que su piel, que había sido mi termómetro con ella, estaba todavía caliente. Mi nariz me desveló que había dejado de oler a tierra mojada y ahora, inexplicablemente, olía a chocolate. Con mis manos gravé para siempre su ovalado y afilado rostro, su cabello suave como el algodón, así como sus manos, su largura, sus pies, sus dedos.

Fue el día más triste de mi vida porque, en un teléfono entre frigoríficos de una tienda 24h, tuve que dar a los oídos de mis hermanos, a 6 600 kilómetros, la peor de las noticias. Lo más feo que podía haber hecho sonar en sus oídos. Y por otro lado, porque me tenía que despedir de lo más valioso, lo más precioso, lo mejor que había tenido en mi vida. Pero empezaron a llover ángeles amigos a mi alrededor que convirtieron la despedida de mi mamá en la vivencia más bonita de la que he sido testigo.

Meses atrás, Mamá había desconectado de la vida porque sus fuerzas se habían agotado. Había hecho uso de toda su energía humana y ya había llegado al final. Al fallecer, se salvó. Ya no sería una carga para nadie. Ya no tendría más dolencias. Ya nunca regresaría a la prisión a la que su padre la condenó cuando apenas era una niña y que ella aceptó esmerándose para convertirla en un hogar para sus hijos. Ya había venido y ya se había salvado. Había venido a quedarse conmigo.